
Bernardo Atxaga

Desde el otro lado

Traducción del euskera de
Bernardo Atxaga y Asun Garikano

ALFAGUARA



Índice

Dos hermanos	9
La muerte de Andoni a la luz del LSD	93
Conferencia sobre la vida y la muerte en el cementerio de Obaba-Ugarte	123
Un crimen de película	159

Relato del pájaro

Sobre la voz interior. Muerte y promesa. Paulo y Daniel

Existe una voz que surge de nuestro interior, y esa voz me dio una orden justo a principios de verano, cuando yo era un pájaro sin experiencia que nunca se había alejado del árbol donde vivía. Antes de oírla, conocía pocas cosas: conocía el árbol mismo y el torrente que pasaba junto a él, pero casi ninguna cosa más. Los demás pájaros de mi grupo hablaban de casas y caminos, así como de un río enorme al que van a parar las aguas de nuestro torrente y las de otros muchos torrentes, pero yo nunca había volado hasta esos lugares y no los conocía. Sin embargo, creía lo que me decían, porque las descripciones de unos y otros coincidían, y los tejados siempre eran rojos, y las paredes, blancas, y el enorme río siempre era el mar.

Existe una voz que surge de nuestro interior, decían luego los otros pájaros. Se trata de una voz diferente a cualquier otra, y tiene poder sobre nosotros.

—¿Cuánto poder? —pregunté un día.

—Debemos obedecer a la voz —me respondieron los pájaros que en aquel momento descansaban en las ramas del árbol.

Pero no tenían más noticias, ni siquiera los pájaros de más edad habían oído nunca las palabras de esa voz tan poderosa. Sabían de su existencia por lo que habían contado quienes vivieron en otro tiempo, no por experiencia propia, pero creían en ello tan firmemente como en la existencia de las casas, los caminos y el mar. Por mi parte, lo aceptaba como un cuento más, sin darle importancia, sin pensar

que la voz pudiera nunca hablarme a mí. Después, aquel día de principios de verano, todo cambió.

Me sentí de pronto muy nervioso, como los pájaros que están hambrientos o enfermos, y estuve toda la mañana moviéndome por las ramas del árbol sin ningún sentido. Se unía a este nerviosismo la desagradable sensación de que mis oídos habían enloquecido y percibían los sonidos de forma desordenada: las aguas del torrente estallaban contra las piedras; los pájaros que tenía cerca parecían chillar; el viento, apenas una brisa, me aturdí como el vendaval de una tormenta. Hacia el mediodía, comencé a tener dificultades para respirar, y me quedé solo. Los otros pájaros salieron del árbol y volaron hacia otra parte.

—¿Por qué huis de mí? —le pregunté a uno de los últimos en marchar.

—Porque te estás muriendo —me respondió.

Convencido de la verdad de aquella respuesta, quise repasar mi vida. Pero mi vida había sido muy poca cosa y el repaso duró un instante. Miré entonces hacia el cielo, y su color azul me pareció más lejano que nunca. Miré luego hacia el torrente, y la prisa que llevaba el agua por bajar me asustó. Miré por fin hacia el suelo, hacia las zarzas y ortigas que lo cubrían, y me vino a la mente una historia que me habían contado acerca de una chica que se puso enferma. Por lo visto, llegó el médico hasta la cama donde yacía ella y dijo: «Una falda rota se puede remendar, pero no la salud de esta chica. Ya no hay remedio».

Ocultándole la verdad, sus familiares decidieron llevarla a un curandero. Después de examinarla, el curandero dijo: «No puedo hacer nada. Tiene las piernas hinchadas y la respiración débil. Dentro de un par de meses, morirá».

Tampoco aquella vez le dijeron nada a la chica, porque no querían que sufriera inútilmente. La montaron en un caballo y la trajeron de vuelta a casa. Pero pasó el tiempo y ella acabó por darse cuenta de que estaba desahucia-

da. Una tarde, su hermano la encontró en la huerta llorando.

«¿Qué te pasa, hermana?», le preguntó.

«No me pasa nada —respondió ella—. Estaba pensando que solo tengo diecinueve años y que pronto estaré bajo tierra».

Esta era la historia que tenía en la mente mientras esperaba el empujón que me echaría de la rama al suelo. Sin embargo, no me llegó la muerte. Lo que ocurrió fue que escuché la voz. Primero sentí que los sonidos estridentes cedían por completo, y que un gran silencio, como el que sobreviene cuando la nieve tapa los campos, se adueñaba del árbol y sus alrededores.

—Toma el camino de Obaba y vuela hacia la casa de Paulo —escuché a continuación.

Era una voz que parecía surgir del centro de aquel silencio y también del centro de mí mismo, de ambos lugares a la vez.

«No sé dónde está Obaba, y tampoco conozco a Paulo», pensé.

Justo en ese momento, vi un pueblo de unas cien casas, Obaba, y cerca de ese pueblo un aserradero, y más arriba, en una pequeña colina, una casa con muchas ventanas. Supe enseguida —porque la voz me daba esa facultad, la de ver y conocer las cosas con el puro pensamiento— que aquella casa era la de Paulo.

Emprendí el vuelo dispuesto a cumplir la orden que había recibido de la voz, y volé valle abajo hasta que el torrente adquirió la anchura y profundidad de un río, y luego seguí volando por encima de los alisos que, en lugares como Obaba, siempre acompañan la marcha del agua hacia el mar. Después de un tiempo, observé que el río se remansaba, y que la fila de alisos se interrumpía para dejar sitio a una construcción rodeada de troncos de madera y enormes pilas de tablones, y supe que aquello era un aserradero y que mi primer viaje estaba a punto de concluir.